

## **La Guerra de Sucesión en el Reino de Valencia. Objetivos políticos, proyectos económicos y reivindicaciones sociales**

Carmen Pérez Aparicio  
(Universitat de València)

Es bien sabido que la muerte sin descendencia de Carlos II situaba a Europa, a la Monarquía Hispánica y a todos y cada uno de sus Reinos en una auténtica encrucijada. La iniciativa internacional de llevar a cabo un reparto de los territorios obligó a Carlos II a designar heredero a Felipe de Borbón, tomando en consideración la conveniencia política. Con ello seguía el dictamen mayoritario del Consejo de Estado, aunque no faltó allí alguna voz discrepante, como la del conde de Frigiliana, también gobernador de la presidencia del Consejo de Aragón, quien consideraba que ni estaba en manos del rey el destino de sus Reinos, ni el poderío militar francés podía garantizar el mantenimiento de la integridad territorial de la Monarquía, tal y como Carlos II se había propuesto.

Se ha dicho que la aceptación, inicialmente pacífica, del nuevo rey, por parte de la Corona de Aragón, sólo se vio alterada cuando la declaración de guerra internacional, en 1702, puso en peligro sus intereses económicos, y se pasan por alto las valoraciones que pudieran merecer los distintos candidatos en relación, no solo con los intereses generales de la Monarquía, sino con los particulares de cada Corona y de los distintos Reinos. Con todo, en la Corona de Aragón, las primeras críticas -aunque no las únicas- sobre el testamento de Carlos II afectaban al procedimiento de designación del heredero, ya que Carlos II carecía de legitimidad para ello según el ejemplo que representaba el Compromiso de Caspe, un hecho que constituía un precedente jurídico insoslayable.

Pronto se puso también de relieve que a este se sumaban otros factores desfavorables a la Casa de Borbón, resumidos en la supuesta falta de idoneidad de la dinastía gala. Así, la principal razón acerca de la conveniencia de la Casa de Austria se sustentaba, no tanto en la bondad de su acción de gobierno -muy cuestionada por la ofensiva autoritaria desarrollada a lo largo de casi dos siglos- como en el recelo hacia la Casa de Borbón. A lo largo de los primeros años de gobierno de Felipe V, las campañas de propaganda a favor y en contra de las dos dinastías en litigio tuvieron mucho empeño en poner de relieve que una y otra representaban modelos políticos diferentes. Ante las opiniones que, desde la Corona de Aragón, defendían el carácter pactista de su sistema de gobierno y la competencia de las Cortes para elegir sucesor, la publicística proborbónica aducía el origen divino del poder para legitimar la monarquía de Felipe V. En su contra jugaba también la trayectoria absolutista y militarista de la dinastía francesa, intensificada en las últimas décadas, y que había convertido a la Corona de Aragón en el escenario de las operaciones militares llevadas a cabo contra la Monarquía Hispánica.

No obstante, estaba en manos del nuevo rey contrarrestar esta imagen con una política que respondiera a las necesidades y al interés de sus nuevos súbditos y que pasaba, en primer lugar, por cumplir sus obligaciones de jurar y observar los Fueros y convocar Cortes. Pues bien, contrariamente a todo ello, Felipe V no efectuó el preceptivo juramento de los Fueros valencianos, como sí hizo en Aragón y Cataluña, ni convocó Cortes, como también hizo en los otros Reinos peninsulares de la Corona. Al desengaño político vino a sumarse el que generó una política económica favorable a los intereses franceses, así como la comisión de distintos contrafueros en el marco del conflicto internacional y que ponían de relieve la ingerencia de Luis XIV en los asuntos internos de la Monarquía y la progresiva cesión de soberanía por parte de Felipe V.

Pero además de estos factores de carácter político y económico que minaron el apoyo a Felipe V, los valencianos encontraron un nuevo motivo favorable a la causa austracista cuando, en 1704, algunos emisarios del Imperio recorrieron el país ofreciendo a los vasallos la abolición de los derechos señoriales si ayudaban a proclamar rey al archiduque Carlos. De esta manera, aunque la corriente austracista estuvo integrada por un amplio espectro en el que no faltaron miembros de la mediana y pequeña nobleza y de las oligarquías urbanas, así como componentes del bajo clero secular y regular, de los gremios y del campesinado, la rebelión tuvo un marcado carácter social y ni siquiera fue necesario el desembarco de tropas aliadas para que Denia proclamara rey al archiduque en agosto de 1705, aprovechando la indefensión total del país por parte del gobierno borbónico.

Tras la proclamación de Carlos III de Austria como rey de los valencianos en la capital del Reino, el 16 de diciembre de 1705, Felipe V se decidió a enviar un contingente militar, pero su comandante, el conde de las Torres, no pudo alcanzar entonces los objetivos señalados, recuperar Valencia y dejar en suspenso Fueros y Privilegios. Por su parte, el nuevo rey se enfrentaba a un triple reto. La proclamación del archiduque, más allá de la continuidad dinástica, representaba la oportunidad de imprimir un cambio de rumbo a la política autoritaria llevada a cabo por esta dinastía, es decir, la oportunidad de retroceder doscientos años, hasta el reinado de Fernando el Católico, para reemprender un nuevo camino en las relaciones entre el Rey y el Reino basado en el respeto por los Fueros. La llegada del archiduque al trono no se contemplaba, pues, desde una perspectiva continuista ni inmovilista. No obstante la brevedad de su gobierno, pudo jurar los Fueros, pero la inestabilidad de los frentes bélicos desaconsejó la celebración de Cortes. Por otro lado, tampoco tuvo más éxito la propuesta formulada también entonces, y apoyada firmemente por los aliados, de crear un ejército común, una Unión de Armas de la Corona de Aragón, de la que formarían parte 12.000 hombres. Las reuniones celebradas en Valencia a finales de 1706 toparon con el recelo de los Reinos de que una contribución militar de carácter temporal pudiera alargarse en el tiempo, si la guerra persistía, o convertirse, incluso en permanente.

En el ámbito de los proyectos económicos, es conocido el interés de la Corona de Aragón por romper el monopolio que ejercía la Corona de Castilla sobre el comercio con América. En este sentido, el Reino de Valencia siguió el camino abierto por Cataluña en las Cortes de 1701-1702 y 1705-1706 y solicitó la libertad

de comercio con Castilla y todos los Reinos adyacentes, sin distinción ni limitación alguna, “como si todos fueran un mismo Reyno y provincia”, si bien supeditada al momento en el que el archiduque entrara a reinar en todos los territorios de la Monarquía. Se trataba de imprimir un cambio a la política económica seguida por la Monarquía Hispánica, es decir, acabar con un proteccionismo que se revelaba totalmente incapaz de afrontar los retos existentes en todos los ámbitos económicos y adoptar el modelo de las Provincias Unidas y de Inglaterra, con las que se mantenían importantes flujos comerciales. Un objetivo que se hubiera consolidado si la idea de convertir a Alicante en puerto franco para las mercaderías inglesas no se hubiera quedado en un simple proyecto.

Por otro lado, el triunfo del austracismo constituyó un revulsivo en el señorío valenciano. Muchas poblaciones, cuyos señores habían seguido el partido de Felipe V, recibieron exenciones y franquizas por parte de los generales austracistas a medida que proclamaban rey a Carlos III y fueron muchas las que se negaron a satisfacer las prestaciones señoriales, alegando estar exentas por las promesas hechas por los emisarios del archiduque y por haber pasado, por medio de la confiscación, a ser administradas por el Real Patrimonio. Esta negativa se hizo extensiva al diezmo. Sin embargo, estas reivindicaciones y la actitud general de resistencia pasiva al pago de las prestaciones no fueron bien acogidas en las filas del austracismo moderado. Titulares de señorío seguidores del archiduque y el cabildo catedralicio denunciaron ante la Real Audiencia los impagos y esta no dudó en ratificar el derecho que asistía a los perceptores de las prestaciones señoriales y del diezmo. El mismo archiduque se vio obligado a manifestar que las referidas promesas habían sido hechas sin la licencia real.

En suma, las grandes expectativas generadas por la proclamación de Carlos III solo fueron satisfechas en una pequeña parte, porque el condicionante de la guerra limitó y mucho las posibilidades, y más si tenemos en cuenta también el corto periodo de gobierno austracista. Por el contrario, la presencia de los ejércitos y las operaciones bélicas generaron un aumento de las contribuciones y de los abusos que los jefes militares no fueron capaces de evitar y que los valencianos soportaron como mal menor ante las represalias y los severos castigos infringidos por el ejército borbónico. La victoria borbónica de Almansa y la consiguiente abolición de los Fueros truncaron todos los proyectos y generaron un descontento generalizado que se tradujo en un movimiento de resistencia armado, los “*miquelets*” y en varios intentos de conseguir la vuelta al dominio austracista y la recuperación del sistema foral.